

Anales del Seminario de Historia de la Filosofía

e-ISSN 0211-2337

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.77438>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

Amanda Núñez. *Gilles Deleuze. Una estética del espacio para una ontología menor*. Madrid: Arena Libros, 2019, 232 pp.

Pensar es una labor arriesgada, peligrosa, escurridiza; en ella se pone en juego la vida, su sentido, su valor, así como todos esos lugares que nos dan algún tipo de orientación en la existencia; pensar siempre conlleva la posibilidad de la destrucción, de la ruina, todo se vuelve tembloroso, zozobranante, y siempre se corre el riesgo de creer que se piensa cuando en realidad sólo se está siendo presa de ciertas imágenes del pensamiento prefabricadas y petrificantes que no hacen sino perpetuar modelos de existencia preestablecidos, codificados y por demás inconvenientes.

Pensadores como Gilles Deleuze multiplican esta condición al buscar con vehemencia borrar el horizonte y construir algo nuevo, diferente, al cuestionar la vida, el sentido, el valor, y al mostrar las inconveniencias de las pequeñas seguridades y las orientaciones que nos ofrece el sentido común. Son pensadores móviles, dinámicos, mutantes. En su compañía, el pensamiento se construye en un terreno borrascoso, nublado, siempre tentativo y sin claridades definitivas, pero, sin duda, más fértil que cualquier otro.

Así, en ese territorio, en ese clima, en ese espacio escarpado que el pensamiento de Deleuze abre, Amanda Núñez piensa, problematiza, busca. Y lo hace no desde el comentario o la monografía, no como queriendo “explicar” el contenido de una obra, sino desde interrogaciones vitales que se insertan ahí en donde la vida y el pensamiento se han tornado inconvenientes y apremiantes. Desde ahí, las preguntas que construyen este libro atañen a la ontología y a la estética, pero sólo en la medida en la que ellas pueden pensarse simultáneamente desde lo político. Colocada en esas fronteras, en esos límites que no limitan ni definen, sino que potencian y expanden, la autora emprende la titánica labor del pensamiento instalada en la paradoja. Así lo anuncia desde sus primeras líneas: “el artefacto que aquí se presenta es un libro sobre el pensamiento de Deleuze y no lo es. Es un escrito acerca de ontología que tampoco quiere serlo. Finalmente, se trata de la estética sin entrar en eso de lo que esta disciplina habla desde hace un tiempo” (p. 29).

Desde sus primeras líneas se advierte la vocación de la autora por pensar en los “entres”, en las grietas, en las fisuras. Por eso las paradojas que se plantean a lo largo del texto se desgranán y disuelven para abrir siempre un nuevo terreno más allá. Frente a una oleada de autores

y autoras que han hecho de Deleuze un autor superfluo, de moda, el texto que aquí presentamos opera en sentido contrario. Sin caer en el apasionamiento afectivista, en la ingenua exaltación del deseo, ni en la incauta rizomática de numerosos “deleuzianos”, Amanda Núñez emprende una travesía por el pensamiento del filósofo francés para recorrer sus sendas, itinerarios y callejones poco explorados, planteando problemas que página a página ganan en profundidad, y que poco a poco logran emerger a la superficie con una nueva faz. El libro cava profundo en el subsuelo del pensamiento deleuziano; los recorridos que hace —más allá de Spinoza, Nietzsche o Bergson, quienes también están, pero sin ocupar el protagónico usual— explicitan relaciones con Kant, el idealismo alemán y el neoplatonismo, dando con ello un relieve renovado y enriquecedor al pensamiento del autor.

El nudo problemático del libro es, sin duda, el espacio. Pero es un nudo, precisamente, porque en él convergen muchas otras líneas que por sí mismas son ya un problema, a saber, los sentidos, el ser, la estética, la ontología, la diferencia, la experiencia, el tiempo, la subjetividad, la afirmación y la negación de la vida, etcétera. Cada capítulo urde cuidadosamente dichas líneas y las dispone para construir el nudo problemático del espacio en diferentes dimensiones e intensidades.

Al preguntar por el espacio, la primera pregunta en el libro es por la ontología. No obstante, el modo de preguntar de la autora abandona la insistencia clásica de la ontología en torno a un *qué* (*ti estín, quid*), y busca la posibilidad de una ontología no esencialista en el pensamiento de Deleuze desde la cual poder pensar el espacio. ¿Cómo sería esta ontología?, ¿cuáles serían sus características?, ¿cuál su necesidad? Para ello, se interna en la polémica abierta por Zourabichvili al afirmar que “no hay ontología en Deleuze” (p. 41), y se abre camino a través de diferentes lugares en la obra del pensador francés para investigarla. De estos trayectos, el más relevante comienza en una lapidaria sentencia de *Mil mesetas* en torno a “derribar [renveser] la ontología” (p. 42). Núñez hace notar que el término *renveser* no sólo podría traducirse, como hace José Vázquez, como “derribar”, sino también como “invertir”, “subvertir”, “pervertir” o, incluso, “derramar”, sobre todo si se atiende al uso que de él hace Deleuze en libros como *Nietzsche y la filosofía* y los apéndices de *Lógica del sentido*. Con

esta precisión, la autora encuentra que esta frase es “endiablidamente productiva” (p. 42), y, a partir de ahí, se abre la puerta para concebir otro tipo de ontología en el pensamiento de Deleuze, pues no se trata de acabar con ella, sino de subvertirla, de crear “una ontología, explícita y atípica, que no pretende decirnos cómo son las cosas de un modo atemporal y ubicuo” (p.44), sino que está fincada en la materia y la imagen, en los sentidos, y que por ello es siempre una ontología estética atenta a las intensidades y a las variaciones de la materia del ser. Se trata, como exigía el Zarathustra de Nietzsche, de un “volver a la tierra” que no busca imponer jerarquías ni órdenes fijos, sino posibilitar que “haya siempre lo nuevo y que otros mundos sean posibles y reales” (p. 51). Se trata, para decirlo pronto, de una *minorización* de la ontología que está siempre “desterritorializando lo mayor o la norma-patrón” (p. 54), es decir, que cuestiona e impugna a las ontologías analógicas, esas que imponen jerarquías, esencias, grados de ser y que, al hacerlo, sólo legitiman en el orden del ser lo que ya está dado en lo empírico-político. En este sentido, la estetización de la ontología es al mismo tiempo una politización que advierte la necesidad de subvertir la legitimidad de cualquier orden impuesto. Se trata de una ontología peculiar. “Por eso no es baladí que el término ‘ontología’ desaparezca del vocabulario deleuziano. Restarle a la ontología lo ontológico, restarle al Ser su lugar grandilocuente y omniabarcante, restarle al significante ‘EST’ (‘ser’ en francés) la ‘s’ y dejarlo en un ‘ET’ (y)” (p. 58).

Esta minorización —claro— necesita un sistema, aunque se trate de un sistema radicalmente distinto de lo que la tradición filosófica ha solido entender, un sistema abierto, “un sistema de la diferencia y del devenir, un sistema-multiplicidad” (p. 74). Se trata no sólo de garantizar la heterogeneidad, sino una *heterogénesis* de la diferencia que no sea reductible a lo idéntico, lo semejante, ni a lo análogo, en donde no haya síntesis final ni *telos* alguno (hay que eludir a Hegel). Lo primero para lograrlo consiste en asumir la univocidad del ser, concepto que la autora rastrea desde *Lógica del sentido*, y que significa, en palabras de Deleuze, “que el *ser* es *Voz*, que se dice, y se dice en un solo y mismo «sentido» de todo aquello de lo que se dice” (p. 76). Esta univocidad es tremendamente importante, pues asume que el ser es el mismo en todos los entes, propone que “[n]o habría entes superiores ni inferiores en relación al ser, no habría entes con más gracia y otros desgraciados” (p. 80), lo cual ataca directamente la política jerárquica de las ontologías analógicas, para quienes alma, mundo o Dios están siempre en el centro como fundamento, cercenando la experiencia y haciendo imposible la experimentación al dar como presupuesta una medida común o un orden fijo. La univocidad “es un llamado a la prudencia” (p. 89), a asumir que “el ser no necesita decirse de distintas maneras ni en distintos sentidos, ni en cuanto a su eminencia, ni en cuanto a las categorías, géneros o especies [...], sino que se dice en un mismo sentido de todo lo que hay” (p. 89). Por ello, posibilita la experimentación radical con lo ente, una experimentación al margen de los órdenes previos y las jerarquías preestablecidas.

Lo segundo para garantizar la heterogénesis tiene que ver con el trastocamiento del tiempo y el espacio. Si bien hay un espectro de interpretaciones abierto por autores como Gualandi, Bergen y Leclercq —entre otros— en el que se anuda la univocidad con el devenir en sentido temporal, al modo como lo hace el idealismo alemán, Nuñez propone que este movimiento es insuficiente si no se incluye en él al espacio. Es necesario sumar la exterioridad, el afuera, a la interioridad del tiempo. Es aquí en donde la argumentación del libro tiene su momento más álgido, pues, al tiempo que se hace un análisis transversal de la obra de Deleuze, se muestra la necesidad de reconceptualizar el espacio si lo que se busca es *renverser* la ontología, la filosofía, esto es, la vida misma.

Es aquí que se muestra el desplazamiento del pensamiento deleuziano del *sentido* hacia la *sensación*, dado por la univocidad del ser y la radicalidad de la espacio-temporalidad. Considerar un tiempo y un espacio, como hacen la modernidad y el sentido común, empobrece la percepción y, con ella, la experiencia. La autora rescata cuatro concepciones griegas del tiempo —*Chronos*, *Aión*, *Kairós* y *Exaíphnes*—, así como cuatro espacios que Deleuze retoma de Leibniz —*extensum*, *qualitas*, *extensio*, y *spatium*— para mostrar cómo el devenir acontece en sus diferentes combinaciones. Así, devenir “ya no es sinónimo del movimiento cronológico, sino que tiene que ver con qué nuevo se tendrá que aportar, qué espacios se alterarán, se construirán en una red común, qué nuevas subjetividades [...] nos permitirá experimentar” (p. 130). El espacio, como *extensum* y *spatium*, es quien verdaderamente posibilita la aparición de lo nuevo. Sin él, la heterogénesis no es posible. Espacio y tiempo multiplicados, diversificados, son la posibilidad de un nuevo *Sensus communis*.

Es sólo desde aquí, y desde una furiosa reflexión sobre el tiempo, el espacio y el límite, que Amanda Nuñez puede emprender el camino hacia la superficie para mostrar cómo es que las concepciones modernas del espacio y el límite parten del no ser. Y ello le permite afirmar que esta concepción “genera siempre el efecto de privación y carencia, pues al acercarse al límite como determinación negativa, como no-ser, lo único que siembra es negación y comparación abstracta respecto de lo otro, en lugar de atender a ello desde sus potencias afirmativas que son las que realmente dan lugar a lo que es” (p. 170). Esta imagen del límite siembra el miedo al no ser que nos constituye y persigue, así como la esperanza de sobrepasar ese límite.

Con este pequeño guiño, el libro vuelve sobre tópicos más usuales del pensamiento de Deleuze —como el rizoma, el agenciamiento y el plano de inmanencia—, pero, tras todo el andamiaje construido en torno al espacio, dichos conceptos, y la propuesta deleuziana toda, aparecen renovados, profundos, radicales, verdaderamente novedosos. A partir de aquí, la creación de conceptos, de subjetividades y de agenciamientos no pueden considerarse alejadas de sus potencias, de sus planos, de sus multiplicidades, de sus tiempos ni de sus espacios; en una palabra, de su heterogénesis.

Al final, y con una prudencia notable, la autora afirma que “[u]n sistema como el de la *heterogénesis*, una

ontología como la *menor* y un *Sensus communis* como *pre-noción común* no pueden caer de nuevo en el reduccionismo de pensar que, ahora, es esta cara intensiva la ‘buena’ y “recta” siendo la otra cierto ‘mal’ o ‘error’” (p. 204). Con ello, se asegura de no cerrar el sistema es-

bozado, elude el maniqueísmo, y elimina la posibilidad de un innecesario dogma deleuziano. Al final del libro, se tiene la certeza de que, en efecto, el pensamiento y la vida, a través de la espacialización, son nuevamente posibles.

Dr. Bily López
bilylopez@filos.unam.mx
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM